

CHRISTIAN CLAESSION

La distancia existencial en *Zama*

La novela *Zama* (1956) no es el relato de un hombre que ha llegado tarde a la Historia, lo cual ocurre a tantos otros héroes latinoamericanos, sino el relato de un personaje que se sitúa antes del principio de la Historia, o del invitado que llega antes del inicio de la fiesta. El protagonista de la obra de Antonio Di Benedetto se encuentra en un limbo histórico, entre la época colonial y la independencia de las repúblicas latinoamericanas, donde poco a poco se está formando una conciencia americana. Ésa es una de las tareas más inquietantes que asume Di Benedetto: describir, investigar y narrativizar la experiencia de un hombre que en relación con el tiempo, el lugar, la naturaleza y la sociedad está buscando su propio yo americano.

Frecuentemente, las narrativas de los exploradores españoles en América transmiten una sensación de absurdidad en su esfuerzo por relatar los encuentros y desencuentros entre dos mundos. Estas narrativas tratan de transmitir al lector español de la época el inmenso reto que supuso – de ahí la absurdidad – el tratar de acercar, cuando no imponer, una cosmovisión feudal, burocrática y católica a pueblos indígenas ajenos a ella que se hallaban inmersos en lo que a menudo se caracterizaba como una “naturaleza inmensa”. El descubrimiento y la colonización, según se extrae de los textos españoles de la época y cómo se verá aquí, puede definirse como un choque entre “cultura” y “naturaleza”; un choque que tuvo como consecuencia la desestabilización del territorio físico, espiritual y mental del continente.

Peggy Samuels afirma en “Imagining Distance: Spanish Explorers in America” que uno de los placeres más horriblemente fascinantes de las narrativas del descubrimiento, tanto para el lector de la época como para el de hoy en día, es el de “watching a man become uncoded, watching him abandon parts of his culture” (1990: 233). La tarea de investigar esta decodificación cultural que experimentan los exploradores reside en analizar lo que Samuels denomina como *imaginar la distancia*. En otras palabras, la autora se refiere a la forma en la que los españoles imaginan su propia distancia respecto a España, en un intento de redefinir y limitar lo español. La decodificación cultural es un proceso de profunda transformación en el que el código español de honor y disciplina se ve alterado. Este proceso de decodificación se aprecia con más claridad en los intentos de los colonizadores españoles de reprimir e invisibilizar esa transformación cultural que estaban experimentando y en la forma en la que los cronistas elegían relatar sus experiencias con la mira puesta en la metrópoli.

En este artículo analizaré las nociones de distancia, alienación y absurdidad existencial que tanto torturan a lo largo de la obra, al protagonista de *Zama*. De este modo, el análisis definirá la distancia como el elemento central en una novela que explora la identidad, a la vez histórica y personal, como el hilo conductor de todo el relato. La obra es en sí la búsqueda de ese objeto de deseo que en el caso de Zama es el destino laboral anhelado, el amor ideal y la cultural europea que cada vez parecen más inalcanzables. El personaje se sumerge en una búsqueda que al final de la obra toma forma de viaje al interior de la selva tropical paraguaya. La naturaleza del viaje resulta ser tan mental como espacial y, al entrar en tierras desconocidas, sus pasos también le llevarán a conocer su propio interior y a encontrar su identidad.

Topografía colonial

El marco histórico de la novela está explícitamente indicado mediante las fechas que encabezan las tres etapas narrativas marcadas por el autor: 1790, 1794 y 1799. Cuando comienza la novela, el año es 1790 y, a medida que avanza el relato, se nos narra que el protagonista lleva catorce meses en una ciudad del virreinato español (probablemente Asunción). Su familia vive lejos de allí (podemos aventurar que en Mendoza, ciudad natal del autor de la novela), por lo cual Zama repetidamente ha solicitado un traslado al Gobernador, con el deseo de estar más cerca de su hogar. El Gobernador no tiene el poder necesario para poder autorizar el traslado, sino que tiene que enviar una carta a la administración de Buenos Aires y desde esta ciudad, a su vez, la carta tendrá que ser remitida al Rey de España. El protagonista, de esta manera, se ve inserto en una maraña burocrática de la que no puede salir. La burocracia le *aleja*, una vez más, de su objeto principal de deseo: el traslado a Buenos Aires.

Don Diego de Zama es un funcionario criollo que, a pesar de tener una hoja de servicios brillante, ocupa un puesto indigno de su capacidad que lo aleja (en un doble distanciamiento) de su familia y le impone una pesada penuria económica. El período histórico en el que se desarrolla la acción de *Zama* corresponde a la época de reformas político-administrativas que se realizaron bajo el régimen borbónico de Carlos III. Fisher recoge las palabras del rey en el preámbulo del Reglamento para el comercio libre de 1778 en las que proclama que “only a free and protected commerce between European and American Spaniards can restore Agriculture, Industry and Population in my Dominions to their former vigour” (1981: 21). De esta forma, el comercio libre fue extendido a las zonas del Río de la Plata, Chile y Perú en un intento de la corona de reparar la crisis económica sufrida durante el siglo XVIII en la que dejó de pagar el salario a muchos de sus funcionarios en América, como es el caso de Don Diego de Zama.

El virreinato del Río de la Plata sufrió cuantiosas pérdidas económicas,

y según Klein apenas se autofinanciaba (1973: 476). Klein apunta en este sentido que los ingresos cobrados por la administración oficial sólo alcanzaban para pagar el mantenimiento de la presencia española en la región del Río de la Plata dejando pocos recursos para el consumo metropolitano (476). Obviamente, el virreinato a duras penas lograba mantenerse a flote económicamente debido a que muchos de sus ingresos debían de invertirse en su costosa protección. Según Klein y Barbier, “the crown also invested heavily in maintaining peace and tranquility in what was the world’s largest empire and free-trade zone. The heavy cost of guarding coastal and interior frontiers, suppressing social rebellions, and providing uniform authority and justice was paid with royal revenues” (1988: 56). En lo que al descontento social se refiere, Don Diego de Zama se lamenta cuando ve que el dinero que llega de la corona y que tan ansiosamente ha esperado se distribuye entre los oficiales de menos rango para evitar sublevaciones:

No eran de oro [las monedas que llegaron] y fueron para los inferiores. El gobernador exhortó a quienes teníamos más títulos a no fomentar las habladurías adversas al rey. Para eso era necesario que los empleados de menos cuantía, los más celosos del honor de Su Majestad, percibieran lo suyo. Nosotros teníamos que esperar nuestra remesa. Al gobernador no le resultaba lesivo pertenecer al genérico nosotros, porque poseía bienes y rentas propias dentro de la misma provincia (157).

Zama se encuentra atrapado entre dos polos amenazantes: por una parte, la corona tiene que pagar los salarios de los suboficiales para suprimir el creciente descontento entre los que están todavía más lejos de la administración oficial y de la corona española que Zama –aunque sea imaginariamente. Por otra parte, el personaje en realidad no está incluido en el “genérico nosotros” que emplea el Gobernador, ya que, debido a su condición de criollo, no pertenece a los que en tiempos de penurias económicas puede depender de las rentas de la casa de campo o de los ingresos de la pequeña plantación de azúcar.

De este modo, los criollos fueron sustituidos por oficiales españoles y en la obra se aprecia como Zama es el único funcionario criollo que todavía mantiene un cargo de relativa importancia entre una mayoría de funcionarios españoles. A menudo, “local tax receipts supported a substantial body of colonial offices that were filled by Spanish-born, some of whom eventually returned to serve in Madrid or elsewhere in the peninsula after training in the colonial service” (Klein y Barbier 1988: 51). América constituía un “mercado seguro”, tanto para los comerciantes, que tenían ingresos seguros que a la vez invertían en el mercado doméstico, como para la Corona, que se beneficiaba de esos productos que tarde o temprano tenían que ser objeto de impuestos españoles. Sin embargo, la Corona, a los pocos años, pagaría un alto precio por haber llevado a

cabo estas reformas que tuvieron consecuencias tan funestas para los criollos. Aunque sin adelantarme en el tiempo, cabe señalar que en la novela se deja entrever que Don Diego de Zama se encontraba entre esos criollos agraviados que habían ocupado cargos de relevancia y habían sido relegados de sus puestos. A pesar de haber cumplido sus funciones con solvencia y pacificado exitosamente las rebeliones indígenas, el protagonista fue relevado de su puesto a un cargo inferior a su capacidad, el de asesor letrado. Zama recuerda así, lleno de nostalgia, su época de corregidor:

Yo fui ese corregidor: un hombre de Derecho, un juez, y esas luces, en realidad, sin ser las de un héroe, no admitían ocultamiento ni desmentidos de su pureza y altura. Un hombre sin miedo, con una vocación y un poder para terminar, al menos, con los crímenes. Sin miedo.

“Le he dicho quién *era* Zama”. Un resplandor de mi otra vida, que no alcanzaba a compensar el deslucimiento de la que en ese tiempo vivía (27).

Su condición de criollo le marca la vida condenándolo al estancamiento laboral en Asunción. Don Diego de Zama no solamente se ve relegado a un cargo inferior a su valía sino que el tan anhelado ascenso nunca parece llegar mientras las humillaciones se hacen cada vez más frecuentes. El gobernador le trata con una indiferencia llamativa, disponiendo de él libremente como de cualquier subordinado, ahondando así aún más la herida de agravio y humillación que Zama describe en el siguiente párrafo: “El gobernador tenía indicado en cuanto yo llegara me pusiese a sus órdenes. Esto implicaba antesala, hasta que él se dignase franquearme el paso. En esta ocasión se retardó hasta crisparme de impotencia” (50). La diferencia jerárquica entre asesor letrado y gobernador se concretiza en una imagen espacio-temporal de cierta elegancia burocrática; Zama no sólo tiene que estar en otra habitación, sino que tiene que estar allí durante un período indefinido, sintiendo cómo el gobernador dispone libremente de su tiempo –no porque necesariamente sirva una utilidad, sino como una demostración de poder. El elemento inquietante de la espera está en el desplazamiento del poder, y en la sensación de que alguien está disponiendo del tiempo del sujeto de una forma indefinida, y por lo tanto infinita.

La preparación minuciosa en temas de geografía y estructura social y económica que Di Benedetto llevó a cabo antes de escribir la novela no tiene como resultado una abundancia de detalles, sino que en la obra “la información recogida fue usada por él con economía y flexibilidad, sin preocupación por la fidelidad arqueológica y los inevitables – o deliberados – anacronismos” (Filer 1982: 28). Di Benedetto afirmó, a este respecto, que no se propuso escribir una novela histórica y que una vez “saturado de conocimientos”, tiró “la información por la borda” y escribió

libremente, sin consultar más sus fuentes (55).

Al hilo de esta discusión, Premat hace referencia a que en las últimas décadas han surgido en América Latina, y singularmente en el ámbito del Río de la Plata, una serie de ficciones históricas “escritas contra o fuera de las leyes del género, ficciones que incluyen una conciencia explícita de la carga imaginaria que supone toda reconstrucción espacio-temporal” (1997: 286). En el caso del Río de la Plata, Fernando Reati nos recuerda que el imaginario argentino moderno es un producto de varias utopías de conquista frustradas. En primer lugar, ese imaginario es el paradigma del deseo frustrado que es común en toda América Latina y que está personificado de manera magistral por Don Diego de Zama a lo largo de la obra. Ese imaginario expresa, a su vez, el “choque entre utopía y realidad” (Reati 1995: 125) del que el protagonista es testigo cada vez que espera el barco que alberga la tan ansiada misiva real que nunca llega.

Lo histórico es una incorporación consciente de una forma de escritura en la que el autor se hace preguntas sobre sí mismo y la identidad del texto. *Zama* transpira, de una forma lúcida y desencarnada, las vacilaciones y tribulaciones de Di Benedetto utilizando el género histórico pero desde una atipicidad voluntaria. La época elegida, sobre la cual existe numeroso material histórico, presentaba un clima de crisis y cambio institucional y político que proporcionaba un marco perfecto para retratar el drama existencial y americano que vive el protagonista.

Marta Filer sostiene que “el contexto geográfico proviene de una elaboración textual, en la que el texto de la novela se constituye por absorción, réplica y transformación de otros textos” (1982: 27). Di Benedetto elige, como recinto espacial de la novela, una zona que incluye parte del Paraguay actual y regiones que hoy en día pertenecen al territorio nacional brasileño. A pesar de que el nombre de la ciudad donde transcurre la obra no es mencionado por el autor, el descarte y la deducción nos llevan a aventurar que la novela se sitúa en Asunción. De esta forma, nos sitúa, en un Asunción amurallado y rodeado por una naturaleza inmensa que hace referencia a la “impetuosidad de la naturaleza americana” señalada por Premat (1997: 289). Esta naturaleza imponente, que asusta y cohibe al personaje, está, a su vez, íntimamente relacionada con la inmadurez o carácter “infantil” de América, y la situación personal del protagonista: “Con ser tan mansa, cuidábame de la naturaleza de esta tierra, porque es infantil y capaz de arrojarme y en la lasitud semidespierta me ponía repentinos pensamientos traicioneros, de esos que no dan conformidad, ni por tiempos, sosiego” (16).

La naturaleza se encuentra rodeando la ciudad, omnipresente en torno de Zama, simbolizando “América, tierra arcaica; América, continente imaginario; América, mundo que hay que inventar y vivir antes de explicarlo” (Premat 1997: 289). La fauna y flora tienen una importancia indudable en la obra, sobre todo por la forma en la que

invaden e influyen la vida de Don Diego de Zama. El alojamiento, una constante de preocupación para el personaje, es uno de los elementos mediante el cual se aprecia esa cercanía amenazante y enigmática de la naturaleza. El espacio urbano por excelencia, la casa, al igual que el personaje, también sufre un proceso gradual de degradación, ya que las casas seguras, luminosas y espaciosas del inicio de la obra van siendo sustituidas por otro tipo de alojamiento. Debido a su precaria situación económica, el protagonista va mudándose de casa en casa hasta que su último alojamiento se encuentra lindando con la selva. Esta última casa en la que el personaje habita en Asunción está medio en ruinas, no tiene techo y se halla envuelta en telarañas. El protagonista parece encontrarse atrapado, rodeado por esa selva tropical como quien se halla perdido ante la inmensidad de su propia confusión existencial.

Imaginando la distancia

El tema de la búsqueda del paraíso en una América soñada y utópica, tan presente en la literatura latinoamericana, es también un tema recurrente en la región del Río de la Plata. La escritura de Di Benedetto tiene huellas de las numerosas crónicas escritas por los exploradores y colonizadores que trataron de hacer realidad el sueño de “hacer la América” –en este caso, el verbo se refiere tanto a una empresa de *construcción* (física y mental) como de *triumfo*. El imaginario argentino moderno se hace eco de las utopías frustradas tan detalladamente relatadas por conquistadores como Cabeza de Vaca y de las vivencias de numerosos inmigrantes que viajaron a la región, atraídos por la misma sed de éxito que los primeros colonizadores. De este modo, Fernando Reati nos recuerda que una constante en la historia argentina, desde sus orígenes hasta nuestros días, es que la búsqueda y el fracaso van siempre de la mano:

La desproporción entre los sueños de los que arriban desde Europa (el conquistador primero, el inmigrante después) y la realidad vacía o abigarrada, de todos modos inhóspita y adversa, es un signo cruel que los marca para siempre. Los que quedan –el conquistador, el colono, el hijo de inmigrantes– llevan a costas la gran frustración jamás resuelta (1995: 121).

La distancia, por lo tanto, juega un papel central en todo este juego de búsquedas y frustraciones. Según Samuels, en cada momento los viajeros tenían que calcular su distancia respecto España, para poner su propia experiencia en perspectiva. Teorizando el concepto de la distancia en *Radiografía de la pampa*, Ezequiel Martínez Estrada sostiene que la unidad de medida entre los pueblos no es la vista, ni el afecto, ni tan siquiera la rivalidad; es la medida *geográfica*, una medida extraña al hombre, que prueba que el hombre y el mundo están contruidos a escalas distintas.

El espacio no circunda ni atrae al hombre, sino más bien lo expelle, rompiendo brutalmente la relación armónica entre el hombre y su contorno. Estrada subraya que esta idea de mandar a distancia, a través de una jerarquía pura, significó un salto conceptual en la mentalidad del hombre, que teóricamente disminuyó las distancias pero que a la vez supuso la alienación del ser humano (1942: 89).

Las nociones de distancia, alienación y absurdidad existencial que tanto torturan a don Diego de Zama, asesor letrado de la administración colonial, son temas recurrentes a lo largo de la obra. La primera página, por su parte, constituye un esbozo de la compleja relación que Zama tiene con el mundo en el que se encuentra inmerso. La obra comienza siguiéndole los pasos al protagonista que sale de la ciudad para ir al puerto, como tantas otras veces, a esperar al barco que supuestamente contiene su salvación:

Salí de la ciudad, ribera abajo, al encuentro del barco que aguardaba, sin saber cuándo vendría.

Llegué hasta el muelle viejo, esa construcción inexplicable, puesto que la ciudad y su puerto siempre estuvieron donde están, un cuarto de legua más arriba.

Entreverada entre sus palos, se maneja la porción de agua del río que entre ellos recae.

Con su pequeña ola y sus remolinos sin salida, iba y venía, con precisión, un mono muerto, todavía completo y no descompuesto. El agua, ante el bosque, fue siempre una invitación al viaje, que él no hizo hasta no ser mono, sino cadáver de mono. El agua quería llevárselo y lo llevaba, pero se le enredó entre los palos del muelle decrepito y ahí estaba él, por irse y no, y ahí estábamos.

Ahí estábamos, por irnos y no. (17)

La imagen del mono es una *mise en abîme* en la que se ve reflejado el propio personaje: Zama se identifica con el mono que se encuentra atrapado entre los palos del muelle, queriendo irse del lugar en el que está pero a la vez impedido por fuerzas que están fuera de su alcance y control. El protagonista intenta obtener favores para poder conseguir su traslado, y es por esa razón que accede a que el hermano de Luciana, durante un período corto la amante del protagonista, interceda por él en España. Tal y como Samuels subraya, el tema de la audiencia era muy importante en aquella época y esa audiencia tenía que ser “someone located in Spain, in order to count” (1990: 236). Zama es consciente de que su condición de criollo es una clara desventaja a la hora de obtener cualquier beneficio teniendo en cuenta los vientos que corrían en la corte borbónica de la época.

Por lo tanto, funcionarios capaces y reconocidos como Don Diego de Zama se enfrentaban a una doble limitación en su movilidad. Por una parte, existía una constricción profesional vertical debido a la imposibilidad

de escalar posiciones en la jerarquía institucional colonial. Por otro lado, también existía una contención en la movilidad horizontal o “peregrinaje” horizontal, utilizando las palabras de Benedict Anderson:

If peninsular officials could travel the road from Zaragoza to Cartagena, Madrid, Lima, and again Madrid, the “Mexican” or “Chilean” Creole typically served only in the territories of colonial Mexico or Chile: his lateral movement was as cramped as his vertical ascent. In this way, the apex of his looping climb, the highest administrative center to which he could be assigned, was the capital of the imperial administrative unit in which he found himself (1991: 57).

Es por ello que Zama es víctima de una doble distancia; la imposibilidad de subir de grado en la jerarquía colonial (movilidad vertical), y la lejanía respecto de su familia, el destino anhelado en Buenos Aires y España y la tan admirada civilización europea (movilidad horizontal). Esta desventaja se debía al mero hecho de ser criollo o en palabras de Zama por ser el único americano en la administración de la provincia, rodeado de funcionarios españoles. Tal y como Anderson sostiene, “the accident of birth in the Americas consigned him to subordination even – though in terms of language, religion, ancestry, or manners he was largely indistinguishable from the Spanish-born Spaniard. There was nothing to be done about it: he was *irremediably* a Creole” (58).

La distancia física y la lejanía respecto de una audiencia, ya sea el rey o la esposa del protagonista, ahondan el sentimiento de aislamiento. Samuels apunta que la distancia respecto del rey “is, itself, approaching the infinite. A letter requires eight months to arrive in the New World from Spain, while sending letters in the other direction only increases the distance” (1990: 236). La distancia, en la colonia, también era abismal, y por eso Zama se lamenta en la obra:

Consagré la segunda mitad del día a una epístola, detenida y quejosa, a Marta, para que el barco la llevase en su camino río abajo. Desenvolvía despacio en mi mente el viaje de la carta, por agua hasta Buenos-Ayres, por tierra después centenares de leguas con su rumbo oeste, y me dolían los reproches, frescos aún en el papel que mi esposa, lejana y sin su hombre, habría de leer tres, cuatro meses más tarde, quizá en un día en que yo fuese feliz (25).

La última frase hace hincapié en la absurdidad que Zama encuentra en la distancia, ese concepto tan real y a la vez imaginado y construido. Siguiendo a Martínez Estrada, la distancia imaginada no entra por los pies, como podría ser el caso de distancia más cortas, sino por el camino arriesgado de la razón.

En la novela, el seguimiento de la degradación espiritual, moral y física que el personaje va experimentando de una forma gradual ponen

de manifiesto la decadencia que le rodea. Según Samuels, parece que la respuesta más usual de los exploradores al Nuevo Mundo era “to allow pragmatism to deflect them away from their culture while at the same time remaining as unconscious as possible of the deflection. Their actions betray them at a great distance from Spanish requirements of behavior” (1990: 250). Zama intenta invisibilizar su transformación respecto del código de honor español que él tanto se jactaba haber observado cuando era corregidor. A menudo, los personajes en las crónicas de la época intentan cerrar las grietas que se han abierto entre ellos mismos y la imagen que tienen de sí mismos. Zama no está simplemente preocupado por su honor sino por cómo sus acciones serán interpretadas por aquellos que observan este mismo código de honor. El viaje al interior de la selva paraguaya es un ejercicio en el que Zama comienza a vislumbrar, en las palabras que Samuels aplica al personaje de la crónica, la imaginación de su distancia a España —o el código de honor de conducta español— pero también la re-imaginación de sí mismo y la re-definición de sus códigos de vida (240).

Esta dificultad de reconocer y abrazar su condición de americano (como en el caso de los exploradores que hacen todo lo posible por invisibilizar su propia transformación cultural), le empuja a una lucha interna constante, abrumado por numerosas dudas existenciales que acabarán siendo su cruz. Zama se siente perdido en la inmensidad de un continente ignorado por Europa.

El único personaje que condena abiertamente la persecución de los indios es el irreverente Ventura Prieto. Cuando Zama le reprende y le pregunta si está hablando como español o como americano, Prieto responde: “¡—Español, señor! Pero un español lleno de asombro ante tantos americanos que quieren parecer españoles y no ser ellos mismos lo que son” (54). La furia que la respuesta despierta en Zama es el resultado del malestar existencial que experimenta el personaje. De esta forma, el existencialismo que estaba en boga en Europa en la época en la que Di Benedetto escribió la novela resuena en el texto, como una forma para expresar la fisura angustiante entre el ser y el desear. En otras palabras, el abismo entre la realidad de ser americano y el deseo inalcanzable de ser español, se convierte en una herida abierta para el protagonista de la obra:

Yo, en medio de toda la tierra de un Continente, que me resultaba invisible, aunque lo sentía en torno, como un paraíso desolado y excesivamente inmenso para mis piernas. Para nadie existía América, sino para mí; pero no existía sino en mis necesidades, en mis deseos y en mis temores. (49)

En este pasaje, situado al principio de la novela, el protagonista todavía no ha hecho más que plantearse las primeras preguntas sobre una eventual conciencia americana. El narrador (se supone que es el protagonista, ya

que la obra está narrada en primera persona) escribe el continente con *c* mayúscula, que por lo menos le da cierta autonomía al nombre en el orden global, a la vez que alude a su inmensidad autosuficiente. Lo que sigue a la cita son una serie de contradicciones que describen las dudas existenciales del personaje: el continente le resultaba “invisible”, aunque al mismo tiempo lo “sentía en torno”; es un “paraíso desolado” pero Zama a la vez siente que sus piernas no son suficientes para cubrir el territorio inmenso. La lucha interna entre el yo real y el yo ideal se convierte en una pugna entre el yo europeo (tan influenciado por el americano) y el yo americano (en igual medida contagiado por el europeo). Otras dos contradicciones terminan la cita, donde el personaje dice que América no existía sino en “mis necesidades, en mis deseos y en mis temores”. Para los otros oficiales de la administración colonial, todos españoles, en cambio, América no existe por derecho propio, sino como una sombra pálida de la metrópoli.

A través de su degradación física, moral y espiritual, don Diego de Zama es despojado cada vez más de sus conceptos europeos y civilizados. En las últimas páginas de la novela, Zama acepta casi con júbilo la muerte que le va a dar el bandido (aunque nunca se dice, es el tipo de personaje que diez años más tarde se convertirá en un héroe de las guerras de Independencia) al que ha salido a la selva para encontrar y matar. El bandido le salva la vida, pero para castigarle de por vida, menguándole aún más si cabe, le corta a Zama todos los dedos de las manos. Al sentirse mutilado, el protagonista se desmaya del dolor, y cuando se despierta, sorprendido de que todavía está vivo, se encuentra con el misterioso niño rubio que ha aparecido varias veces en la obra, sin que Zama haya averiguado su identidad. Cuando Zama le ve por primera vez en la obra, el niño rubio tiene doce años y al verle otra vez, en esta escena final, Zama se percata de que el niño no ha cambiado:

No era indio. Era el niño rubio. Sucio, estragadas las ropas, todavía no mayor de doce años.

Comprendí que era yo, el de antes, que no había nacido de nuevo, cuando pude hablar con mi propia voz, recuperada, y le dije a través de una sonrisa de padre:

–No has crecido...

A su vez, con irreductible tristeza, él me dijo:

–Tú tampoco. (246)

Zama ve su propia imagen, como en un espejo, y por primera vez en la novela consigue verse a sí mismo desde fuera. Sorprendentemente, la persona que ve es un niño que durante la última década ha tenido doce años, pero allí está justamente la clave: Zama se encuentra con su propio yo americano, que no ha podido desarrollarse porque el mismo Zama ignoraba, consciente e inconscientemente, la existencia de una conciencia

autóctona. El niño está en condiciones precarias, sucio y todavía inmaduro, pero el mero hecho de encontrarle ha significado un gran paso adelante en el devenir del sujeto americano.

Bibliografía

- Anderson, Benedict. *Imagined Communities: Reflections on the Origins and Spread of Nationalism*. London: Verso.
- Di Benedetto, Antonio. *Zama*. 1956. Madrid: Alfaguara, 1979.
- Filer, Marta. *La novela y el diálogo de los textos: Zama de Antonio Di Benedetto*. México, D. F.: Oasis, 1982.
- Fisher, John. "Imperial 'Free Trade' and the Hispanic Economy, 1778-1796." *Journal of Latin American Studies* 13 (1981): 21-56.
- Klein, Herbert S. "Structure and Profitability of Royal Finance in the Viceroyalty of the Rio de la Plata in 1790." *Hispanic American Historical Review* 53 (1973): 440-69.
- Klein, Herbert S., and Jacques A. Barbier. "Recent Trends in the Study of Spanish American Colonial Public Finance." *Latin American Research Review* 23 (1988): 35-62.
- Martínez Estrada, Ezequiel. *Radiografía de la pampa*. Buenos Aires: Losada, 1942.
- Premat, Julio. "La topografía del pasado: Imaginario y ficción histórica en *Zama* de Antonio Di Benedetto." *Historia, espacio e imaginario*. Ed. Jacqueline Covo. Villeneuve d'Ascq, France: Presses universitaires du septentrion, 1997. 285-92.
- Reati, Fernando. "Posse, Saer, Di Benedetto y Brailovsky: deseo y paraíso en la novela argentina sobre la Conquista." *Revista de estudios hispánicos* 29 (1995): 121-36.
- Samuels, Peggy. "Imagining Distance: Spanish Explorers in America." *Early American Literature* 25.3 (1990): 233-52.